

# LOS ENERGETICOS Y LA SEGURIDAD INTERNACIONAL EN LOS OCHENTA: ¿REALIDADES O FALSAS PERCEPCIONES?

MIGUEL S. WIONCZEK

EL VOLUMEN de investigaciones en proceso en los organismos internacionales auspiciados por los gobiernos importadores de distintas fuentes energéticas, y en los centros académicos ubicados en los países industriales de Occidente, así como el número de libros y estudios publicados entre 1980 y 1982 sobre la relación entre los energéticos y la seguridad tanto internacional como nacional, siguen siendo impresionantes. Más aún, este aspecto particular de las relaciones internacionales parece ser considerado en muchos países de importancia semejante a la que se le dio en los setenta, después de la "primera crisis del petróleo" de 1973-74.

Sin embargo, el panorama mundial de los mercados energéticos ha sufrido en los diez años pasados cambios muy fundamentales. ¿De dónde entonces proviene esta fascinación persistente con el tema de los impactos estratégicos del acceso a la energía en los tiempos en los que la oferta de los energéticos se volvió mayor que su demanda? El objetivo de este ensayo, escrito en el invierno de 1982 todavía antes del presente derrumbe de los mercados internacionales de los energéticos, es de desmistificar las visiones todavía en boga en muchas partes en el sentido de que detrás de la inseguridad político-militar y los conflictos internacionales está el problema de la inseguridad del acceso a las fuentes energéticas fuera de los territorios nacionales de los países que importan estos recursos de otras partes del mundo. El ensayo ofrece la evidencia de que al colocar el acceso a la energía en el centro de la problemática de inseguridad global, regional o nacional somos víctimas de las falsas percepciones o de la propaganda.

## I

La sabiduría convencional da por sentado que los vínculos que existen entre los energéticos y la seguridad internacional revisten dos

aspectos. Las tensiones y los conflictos internacionales pueden interrumpir la producción en las naciones exportadoras de energéticos o su disposición para suministrarlos a otros países, cortar los medios de transporte entre productores y consumidores y dañar las instalaciones productoras de energéticos de las naciones combatientes. En vista de que las demandas energéticas de las actividades militares son potencialmente muy grandes, tales interrupciones que afectarían muy seriamente la seguridad de las partes en conflicto tienen que ser evitadas a toda costa.

Por otra parte, la literatura reciente sobre el mismo tema sugiere que los problemas del control del acceso a los energéticos (y algunas veces los pasos que se siguen para asegurarlo) pueden aumentar la posibilidad y gravedad de los conflictos internacionales. Estas relaciones incluyen las contribuciones de los problemas energéticos a las causas fundamentales del conflicto, el potencial que tienen los problemas derivados de los energéticos para servir de estímulo o hacer que el conflicto se manifieste en forma inmediata y la relación que existe entre el problema de los energéticos y las políticas y los instrumentos del conflicto (es decir la dimensión y el carácter de las fuerzas militares).<sup>1</sup>

Este énfasis sobre las ligas que existen entre los energéticos y la seguridad se ha visto fortalecido por el "segundo choque petrolero" de 1979-80, que trajo a un primer plano en las sociedades industriales de Occidente, y particularmente en Estados Unidos, por segunda vez en menos de 10 años, el espectro de la escasez mundial de energéticos presumiblemente a largo plazo y la dependencia de los grandes países consumidores de energéticos en el área del Atlántico del Norte del petróleo originado principalmente en el Medio Oriente. En vista de la inestabilidad militar, económica y social persistente de aquella parte del llamado Tercer Mundo, originada parcialmente en la revolución iraní de 1979 y en el conflicto árabe-israelí, entremezclados con el conflicto global entre las dos superpotencias —Estados Unidos y la URSS—, no es de extrañar que el problema del acceso al petróleo del Medio Oriente haya figurado hasta muy recientemente entre los primeros lugares de la agenda de la alianza norteamericana de fuentes de posibles conflictos regionales serios los cuales, de no ser controlados, podrían resultar en un conflicto global entre las dos superpotencias. No solamente fueron los medios de comunicación y los círculos académicos de Occidente los que dedicaron en 1980-81, de nuevo en Estados Unidos en particular, mucho espacio y atención al aspecto de la seguridad nacional o regional, determinada por la disponibilidad o negación del acceso al petróleo del Medio Oriente, supuestamente por la URSS, sino también la lista más reciente de las prioridades estraté-

<sup>1</sup> Final Draft Report of Working Group on Energy, 31st Pugwash Conference on Science and World Affairs, Banff, Alberta, Canada, 28 de agosto - 2 de septiembre de 1981.

gicas nacionales de Estados Unidos, formulada en mayo de 1982 por funcionarios del Pentágono para el secretario de la Defensa, Gaspar Weinberger, y aprobada al parecer por el presidente Reagan, señalaba como segunda prioridad (después de Europa occidental) para la planificación estratégica general (en el caso de una guerra global con la Unión Soviética) "garantizar el acceso al petróleo del Sudoeste de Asia" y "defender el petróleo del Golfo".<sup>2</sup>

## II

Antes de iniciar un análisis objetivo del realismo o la falsedad de las percepciones que subyacen la visión de las relaciones entre la seguridad y el petróleo en la política internacional, en las condiciones de histeria pro bélica que impera en Estados Unidos, y en grado algo menor en algunos de sus aliados europeos, cabe insistir que entre la fecha del "segundo choque petrolero" y fines de 1982 el panorama mundial de los energéticos ha sufrido un cambio radical si se compara la situación de las últimas fechas con las condiciones que prevalecían en el mundo de energía durante los setenta. Ya desde principios de 1981, se iban acumulando a nivel mundial las pruebas de que la llamada crisis de energéticos, reflejada por los dos "choques petroleros", el primero en 1973-74 y el segundo en 1979-80, ha terminado. Más aún, ningún experto en energéticos a nivel internacional, ya sea que provenga de serios círculos académicos, de los gobiernos de los países importadores y exportadores, o de la industria privada o estatal del petróleo, esperaba a mediados de 1982, por lo menos durante lo que falta del siglo xx, una nueva "crisis del petróleo" o "crisis de energéticos" a menos que ocurrieran acontecimientos políticos, sociales o militares completamente imposibles de predecir.

Este tipo de consenso surgió, entre otros, en un Coloquio Internacional sobre las perspectivas que se plantean para el mercado mundial de hidrocarburos durante los ochenta, organizado en abril de 1982 por el Programa de Energéticos de El Colegio de México, con la participación de un numeroso grupo de expertos de alto nivel, provenientes de países tan diferentes como Estados Unidos, Canadá, Gran Bretaña, Francia, Italia, Noruega, la URSS, Japón, Venezuela y México, así como de varios organismos internacionales como la Agencia Internacional de Energía y la OPEP.<sup>3</sup>

<sup>2</sup> George C. Wilson, "Pentagon Document Stresses Priority of Defending Gulf's Oil". *International Herald Tribune*, París, junio 3, 1982.

<sup>3</sup> Para más detalles véase Miguel S. Wionczek (editor), *World Hydrocarbon Markets - Current Status, Projected Prospects and Future Trends*, Pergamon Press, Oxford, 1982.

Cabe mencionar aquí algunos aspectos importantes de las conclusiones de este Coloquio Internacional, por ser muy relevantes al debate sobre los energéticos y la seguridad internacional que prosigue en los principales países industriales importadores de energéticos.

Primero, a partir de la secuela que dejó la primera "crisis del petróleo" de 1973-74, la tasa de crecimiento de la demanda de energéticos, y particularmente de hidrocarburos, por unidad de producción, continuó disminuyendo en *todas* las economías industriales que requieren de un alto coeficiente de energéticos, como respuesta al aumento en los precios de los mismos, resultando en ahorro de energéticos y medidas de conservación. No hay razones para suponer que esta tendencia reflejada por los avances tecnológicos destinados al ahorro de energéticos pueda detenerse y dar marcha atrás.

Segundo, la crisis económica mundial, cuya gestación comenzó a fines de los sesenta, es decir, antes de la primera "crisis del petróleo" y cuyo final todavía no está a la vista, actuó como otro vigoroso factor en el debilitamiento de la demanda mundial de energéticos durante los últimos diez años.

Tercero, en respuesta al incremento en los precios de los hidrocarburos y a la incierta perspectiva del suministro proveniente de las fuentes tradicionales, no sólo aparecieron nuevos productores de petróleo y gas natural en la escena mundial durante los setenta, sino que se espera que aparezcan también otros productores más en los ochenta. Este constante aumento en la oferta de energéticos se debe a varios factores: *a*) existen más fuentes de energéticos convencionales sobre el planeta de lo que haya podido pensarse; *b*) los avances tecnológicos en el sector de hidrocarburos, así como en las fuentes alternativas de energéticos son tanto rápidos como persistentes y se realizan a nivel mundial; *c*) en las actuales condiciones de depresión del comercio internacional, los países productores y exportadores de petróleo consideran esta materia prima energética en particular, más fácil de vender que ninguna otra; y *d*) los países industrializados que producen petróleo para su consumo interno últimamente han estado implementando medidas relacionadas con una política de energéticos que disminuya su dependencia de las fuentes extranjeras de energéticos por razones de la "seguridad nacional".

Cuarto, el precario equilibrio que existe actualmente entre la oferta y la demanda de energéticos (incluyendo hidrocarburos) a nivel mundial ha sido logrado principalmente gracias a las políticas de la OPEP que decidieron reducir la oferta muy por debajo de la capacidad productiva de petróleo y gas de sus países miembros. No obstante, las restrictivas políticas de exportación de petróleo de la OPEP no se han visto fáciles de implementar en vista de la constante expansión de la oferta de los países exportadores de petróleo que no pertenecen a la OPEP. La participación de la OPEP en los mercados mundiales de

hidrocarburos ha venido disminuyendo en términos reales y relativos desde 1979 dejando, incluso, de lado, al petróleo del Medio Oriente, que desapareció de los mercados internacionales como consecuencia de la guerra iraquí-iraní, cuyos orígenes están muy lejos de ser claros.

En vista de la incertidumbre que existe en torno a la recuperación de la crisis económica mundial y de los cambios radicales que han ocurrido en las condiciones del mercado mundial de energéticos (y por el mismo hecho, en el mercado mundial de hidrocarburos), cuya estructura se volvió aún más complicada con el surgimiento de la producción y el comercio de gas natural y, en forma marginal, con la aparición de crudos pesados y combustibles sintéticos, muy pocos expertos en energéticos a nivel internacional se arriesgan a hacer planes o pronósticos sobre la situación energética mundial más allá de 1985. Más aún, los legos merecen ser advertidos que todos los pronósticos mundiales, incluyendo los más recientes (publicados en 1981 y 1982) se basaban todavía en las premisas de los setenta, que demostraron ser totalmente equivocadas, si se toman en cuenta debidamente los últimos acontecimientos mundiales relacionados con los energéticos. De acuerdo con las hipótesis más optimistas, elaboradas a mediados de 1982 acerca del comportamiento de la economía mundial a mediano plazo, la oferta mundial de energéticos seguirá en aumento al lado de un muy lento incremento en la demanda. Si se cumplieran estas condiciones optimistas, los precios del petróleo permanecerían más o menos estables a precios corrientes pero bajarían en términos reales a menos que ocurrieran acontecimientos imprevistos y dramáticos, como los postulados por los investigadores políticos y militares pesimistas de algunos países industrializados de Occidente.

Haciendo a un lado los argumentos de la escuela estratégico-militar pesimista que suponen nunca bien definidos desastres en el Medio Oriente, seguidos por una violenta interferencia por parte de los países industrializados consumidores de energéticos para tener asegurado el acceso a las fuentes de energía de esta parte del mundo, se ve uno obligado a llegar a la conclusión de que el problema de la seguridad en relación con los energéticos, tanto a nivel internacional como regional y nacional, ha adquirido dimensiones completamente diferentes de las que tenía en los setenta. En las actuales condiciones de abundancia de fuentes de energía disponibles y potenciales del mundo, el problema no se presta a soluciones que puedan buscarse a través de recursos militares destinados a proteger o impedir el acceso a las fuentes de energía ubicados en otros países. Solamente podrían verse resueltas mediante la eliminación de las raíces de conflicto que no tienen mucho que ver con los problemas supuestamente relacionados con la (inexistente) escasez de recursos energéticos y su desigual distribución sobre el planeta Tierra. En otras palabras, los vínculos que existen entre los energéticos y la seguridad no tienen un carácter local, eco-

nómico o tecnológico. Tienen su origen en la lucha por el poder, en las percepciones reales y falsas sobre el problema de los energéticos, en la política internacional y en la propaganda.

### III

A mediados de 1982 era común escuchar en Estados Unidos dos versiones contradictorias en relación con el conflicto entre los intereses de seguridad nacional de ese país en el campo de los energéticos y las "hostiles intenciones de los soviéticos". La primera posición mencionada anteriormente, se refería a los supuestos planes a largo plazo que tienen los soviéticos para "tomar el control" del Medio Oriente con el fin de no permitir a Estados Unidos y a sus aliados el acceso a los recursos energéticos árabes. La segunda estaba relacionada con la decisión tomada por los soviéticos, hace tiempo, de proceder a la construcción de un gigantesco gasoducto desde Siberia occidental hasta Europa occidental el que, una vez terminado en 1984, según lo planeado, garantizará a los aliados europeos de Estados Unidos un abundante suministro de recursos energéticos durante por lo menos los siguientes veinte años.

El argumento más importante a favor de las actividades estratégicas, entre otras, de Estados Unidos y la OTAN, cuyo fin era —según se dice— negar a la Unión Soviética la "oportunidad de cortar la línea vital de suministro de energéticos que conecta al Medio Oriente con Europa occidental y Estados Unidos" fue la invasión de los soviéticos en Afganistán consumada en diciembre de 1979. El segundo argumento que apoyaba a la doctrina estratégica norteamericana para el Golfo Pérsico sostenía que a la Unión Soviética supuestamente se le está dificultando la obtención de recursos energéticos propios y puede necesitar el petróleo del Medio Oriente para sí misma. En cuanto a la continua ofensiva de Estados Unidos en contra de los acuerdos de la Unión Soviética para vender su petróleo y su gas natural a Europa occidental, se empleaba otro argumento: tal expansión de los suministros soviéticos menguaría seriamente la estabilidad de Europa occidental, ofreciendo a la URSS la oportunidad de interrumpir estos suministros en cualquier momento.

No se necesita ser un experto en energéticos, reconocido a nivel internacional y dotado de una mente particularmente brillante, ni ser un admirador incondicional de la Unión Soviética o un enemigo profesional de Estados Unidos para llegar a la conclusión de que las dos series de argumentos *no pueden* ser ciertas al mismo tiempo simplemente porque, consideradas en conjunto, violan los principios de la lógica y del sentido común. Además, plantear las intenciones de los soviéticos en estos términos equivale a acusar a la URSS de ir en contra

de sus propios intereses o, en otras palabras, de actuar en contra de la seguridad nacional soviética. Por otro lado, las mentes más sutiles, estén o no involucradas en el análisis de la situación energética mundial, pero dedicadas seriamente al estudio de los problemas internacionales, llegarán rápidamente a la conclusión de que las dos versiones oficiales propaladas por Estados Unidos de que la Unión Soviética está resuelta a controlar el petróleo del Medio Oriente, y que al mismo tiempo trata de asegurarse la alianza de los países de Europa occidental, compradores de su gas natural, con el fin de chantajearlos en el futuro, tampoco pueden tomarse muy en serio si se consideran separadamente.

Se conoce ya bastante ahora sobre los antecedentes del problema afgano para sostener que no tuvo nada que ver con el petróleo del Golfo Pérsico, el pretendido "Drang nach Sud" soviético a las tibias aguas del Océano Índico, etc.<sup>4</sup> Se sabe demasiado, también de fuentes occidentales, para sostener que la extrema inestabilidad militar, política, económica y social del Medio Oriente es exactamente obra de los soviéticos. Después de todo, no hay ninguna prueba de que el primer ministro israelí, Begin, trabaje para la Unión Soviética.

Por último, la planeación energética soviética y el proyecto del gasoducto para abastecer a Europa occidental con cantidades muy considerables de gas natural por lo menos durante los próximos veinte años, ofrecen pruebas de que la Unión Soviética cuenta con grandes recursos energéticos susceptibles de ser exportados, y además, sugieren decididamente, que necesita exportarlos por razones económicas y financieras muy convincentes. De acuerdo con fuentes neutrales tales como la Comisión Económica de la ONU para Europa, las exportaciones soviéticas de energéticos a los países no socialistas representaron en 1981 casi la mitad de los ingresos en divisas convertibles de ese país.

Además, existen razones para tomar en serio las declaraciones oficiales más recientes de los soviéticos de que, a pesar de las sanciones unilaterales de Estados Unidos, que en el verano de 1982 se manifestaron en la prohibición que hizo Washington de vender a la Unión Soviética equipo de alta tecnología para el gasoducto, prohibición hecha no sólo a la industria norteamericana y a sus subsidiarias en Europa occidental, sino también a las empresas europeas cuyas licencias provienen de Estados Unidos, prácticamente no habrá demoras en la terminación del proyecto para 1984, en el que casi toda Europa occidental está muy interesada. Este interés se debe, no sólo a las ventajas financieras y económicas que dicha transacción pueda reportar a los

<sup>4</sup> Reconocidos expertos occidentales han escrito en 1981-82 una serie de cuidadosos análisis sobre el problema de Afganistán. Todos ellos difieren de la línea de propaganda oficial de Estados Unidos. La contribución más reciente es Jagot S. Mehta, "Afghanistan: A Neutral Solution", *Foreign Policy*, Washington, D.C., núm. 47, verano 1982.

compradores de gas natural soviético, sino también a la honda preocupación de Europa occidental por la creciente inestabilidad general del Medio Oriente y la posible reducción subsecuente del petróleo que esta área exporta a Europa occidental. En otras palabras, si suponemos acertadamente que el suministro energético ininterrumpido desempeña un importante papel en los aspectos de seguridad nacional y regional, Europa occidental quiere diversificar sus fuentes de abastecimiento en las zonas adyacentes, y añadir a la Unión Soviética a la lista de sus proveedores permanentes junto con el Mar del Norte, África del Norte y el Medio Oriente. En las condiciones esperadas para las décadas que faltan del siglo xx de una creciente oferta de fuentes de energía a nivel mundial, Europa occidental puede fácilmente alcanzar sus objetivos de seguridad respecto a los energéticos. Los obstáculos no surgen en las zonas adyacentes a causa de los "diabólicos designios" soviéticos, sino que son construidos por los dirigentes políticos de la santa cruzada nuclear antisoviética de ultramar y sus estrategias que piden la ocupación militar del Medio Oriente en el caso de una "posible" invasión soviética a los países petroleros de esa región.

La continuada fascinación de la mayor parte de los estrategas occidentales y de algunos (aunque en menor número) expertos internacionales en petróleo, por la posibilidad de nuevas interrupciones violentas del acceso de Occidente al petróleo del Medio Oriente, puede explicarse por motivos ideológicos y de propaganda en el caso del primer grupo, y por algunas falsas percepciones, en el caso del segundo.<sup>5</sup> El Coloquio Internacional, celebrado en la ciudad de México en la primavera de 1982, y mencionado anteriormente, proporcionó interesantes pruebas respecto al origen de estas falsas percepciones. Los expertos en energéticos de más alto nivel provenientes de una docena de países occidentales importadores, así como también productores y exportadores de petróleo, no trataron en detalle el problema de la posible interrupción del comercio internacional de hidrocarburos en los ochenta y en los noventa, aceptando únicamente que dichas interrupciones pueden tener lugar a causa de los conflictos locales de la periferia del mundo industrial (incluyendo, desde luego, al Medio Oriente) o por las guerras limitadas con la participación directa o indirecta de las dos superpotencias.

<sup>5</sup> Un libro publicado en 1981 por un cuerpo académico tan venerable como el Energy and Security Research Project, de Harvard (David A. Deese y Joseph S. Nye (editors), *Energy and Security*, Ballinger Publishing Company, Cambridge, Mass.) comienza con la presentación de su contenido en los siguientes términos: "La dependencia de Estados Unidos y sus aliados del petróleo proveniente de regiones inestables se ha erigido en una seria amenaza para la paz mundial. La incertidumbre acerca de las intenciones de los soviéticos en el Golfo Pérsico aumenta el riesgo. Nunca estuvieron tantas naciones tan mal preparadas para enfrentar una amenaza directa a su bienestar económico y a su poder político".



Sin embargo, es interesante hacer notar que la mayor parte de los expertos occidentales emplearon en sus discusiones sobre las perspectivas de la oferta y la demanda de energéticos los conceptos de "mundo libre" *vis-a-vis* "otras fuentes de hidrocarburos". Las connotaciones ideológicas y políticas de esta división del mundo que dan los expertos (que de otra manera no pueden ser considerados como los esforzados paladines de la guerra fría) tienen un gran alcance. Demuestran, además, la importancia que revisten los errores de percepción en las relaciones internacionales, sean políticos o económicos. Algunos de estos errores tienen su origen en la falta de reconocimiento del peso de las creencias preexistentes de las que la mayor parte de las sociedades, individuos, expertos y gobernantes son culpables, aunque no necesariamente conscientes.<sup>6</sup>

Uno de los científicos políticos destacados de Estados Unidos, Robert Jervis de la Universidad de California en Los Angeles, advirtió a mediados de los setenta:

Ya que la gente no comprende el grado en que sus inferencias se derivan de sus expectativas, tiende a ver su interpretación de los hechos como "obligatoria" y no como "posible".<sup>7</sup>

En tiempos de "crisis" o de "expectativa de crisis", las percepciones equivocadas superan a las racionales. Según George Kennan, dedicado por largo tiempo al estudio de las relaciones entre las dos superpotencias, las sociedades occidentales responden a las presiones de manera muy peligrosa:

No existe... nada en la naturaleza más egocéntrico que la democracia en pie de guerra. Pronto se convierte en víctima de su propia propaganda bélica. Tiende a asignar a su propia causa un valor absoluto que distorsiona su propia visión de todo lo demás... Podrá advertirse fácilmente que la gente que se ha colocado dentro de este marco de pensamiento tiene muy poca comprensión de las cosas dentro de cualquier contexto que no sea aquél en el que se desenvuelve. La idea de que la gente pierda tiempo y piense en cualquier *otra* cosa le parece absurda.<sup>8</sup>

Una vez que, con el fin de seguir esta excursión dentro del problema de las falsas percepciones en el campo de los energéticos y la seguridad internacional, uno acepta la descripción que hace Kennan de Estados Unidos como una "democracia en pie de guerra" (o la rectifica definiendo a ese país como una potencia muy agobiada por sus

<sup>6</sup> Para un análisis fascinante sobre este punto, véase Robert Jervis, *Perception and Misperception in International Politics*, Princeton University Press, Princeton, New Jersey, 1976.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 181.

<sup>8</sup> George Kennan, *Russia and the West under Lenin and Stalin*, Nueva York, Mentor, 1962, pp. 11 y 12.

conflictos internos, cuyo papel en el escenario mundial se ve cada vez más menguado), se vuelve relativamente fácil comprender porqué Estados Unidos es el centro de tan honda preocupación respecto a la seguridad de su suministro energético. Por otra parte, en Europa occidental, cuya dependencia del suministro externo de energéticos es mucho mayor que la de Estados Unidos, y que casualmente es un vecino relativamente cercano de la URSS, esta preocupación nunca ha igualado a la de Estados Unidos. Por el contrario, Europa occidental muestra su disposición de diversificar su dependencia de energéticos del Medio Oriente hacia la Unión Soviética y otras fuentes de abastecimiento, quizá porque tiene una visión más correcta de las raíces de la situación del Medio Oriente.

En un intento hecho recientemente por resumir las últimas dos décadas de conflictos sociales internos y la desilusión que llevó a Ronald Reagan a la Casa Blanca, Theodore H. White, un observador norteamericano bastante objetivo, aunque conservador, sostiene que el factor determinante de la histeria que se desató en torno al problema de la seguridad energética de Estados Unidos a fines de los setenta, así como del resultado de las elecciones presidenciales de 1980 fue la escasez de gasolina que sufrieron millones de americanos después de la revolución iraní.<sup>9</sup> Junto con la impotencia de Estados Unidos en el caso de los rehenes de Teherán, esta escasez llevó a los hogares norteamericanos el sentimiento no sólo de que el país estaba mal gobernado, sino también de que su forma de vida y su bienestar se veían seriamente amenazados por enemigos esquivos y distantes, de los cuales, desde luego, la Unión Soviética no debe haber sido tan sólo uno, sino el principal. No importaba que Irán se hubiera "perdido", no a causa de ninguna forma de intervención soviética en el Medio Oriente, sino como resultado de la sagrada alianza celebrada entre las fuerzas armadas de Estados Unidos y el corrupto y megalómano Sha de Persia. Lo que preocupaba en realidad a los norteamericanos en 1980 era que el "enemigo" invisible apoyado en su "infinita habilidad para conspirar" no se encontraba a 12 000 millas de la costa atlántica de Estados Unidos, sino que estaba presente en su propio país, reduciendo el flujo de combustible en las gasolineras de Estados Unidos, desde Vermont hasta California. El acabar con calamidades de ese tipo, ya fuera en el lejano Medio Oriente o en una gasolinera local, llegó a ser un problema de "seguridad nacional" de gran importancia. El sentido de la alarma, alimentado en Estados Unidos por el proceso de "nacionalización" de los recursos petroleros en la mayor parte de los países

<sup>9</sup> Theodore H. White, "Summing Up - A chronicle of two decades of social experiment... and the disillusionment that swept Ronald Reagan into the White House", *The New York Times Magazine*, mayo 2, 1982.

lejanos a fines de los sesenta y en los setenta, desempeñó también el papel importante en la formación del ambiente de la inseguridad respecto al acceso de Estados Unidos al petróleo extranjero.

#### IV

En la búsqueda de los antecedentes históricos de esta reciente obsesión por los energéticos como un factor decisivo de la seguridad en la superpotencia del norte del Atlántico, cabe volver a la historia de una política norteamericana respecto al petróleo extranjero durante e inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial, entre 1941 y 1947. De acuerdo con el excelente estudio con que se cuenta sobre este tema:

Durante el decenio anterior a Pearl Harbor, la administración de Franklin D. Roosevelt no mostró ningún interés en desarrollar una política nacional en relación con el petróleo extranjero. Los políticos del New Deal que estaban a cargo del petróleo dirigieron su atención al frente civil, donde la depresión económica y el colapso industrial amenazaban la supervivencia de la nación, como nunca lo hizo ninguna guerra. Sólo cuando la depresión cedió el paso a una guerra real, los funcionarios federales se ocuparon de la política extranjera, primero como parte de la organización para la guerra, y mucho después como parte de la preparación para la paz.<sup>10</sup>

Sin embargo, hacia 1947-1948,

Al mezclarse cada vez más los intereses nacionales con los intereses de la empresa privada, el esfuerzo realizado durante la guerra para definir y poner en práctica una política extranjera coherente se vino abajo. Aún así, hacia el principio de la posguerra ese esfuerzo había producido una serie de logros impresionantes en el Medio Oriente... Lo más importante de todo es que había quedado establecida la base de una gran industria petrolera del Medio Oriente con una fuerte participación de Estados Unidos... La estructura era básicamente estable. Había logrado los objetivos primarios de seguridad y orden.

Eso era lo que parecía en 1947. Tres décadas más tarde puede apreciarse en su totalidad la ironía de esas decisiones. La estabilidad alcanzada durante el primer periodo de la posguerra no trajo más que una efímera seguridad. (En vista de que los funcionarios del gobierno de Estados Unidos adoptaron) la premisa de que los intereses comerciales y nacionales eran idénticos... las posibilidades de una planeación constante y

<sup>10</sup> Michael B. Stoff, *Oil, War and American Security - The search for a national policy on foreign oil, 1941-1947*, Yale University Press, New Haven y Londres, 1980, p. 11.

responsable por parte tanto del gobierno como de las compañías petroleras se desvanecieron demasiado pronto, y finalmente, los hombres que buscaban la estabilidad promovieron su colapso.<sup>11</sup>

La seguridad energética de Estados Unidos se vino a tierra en el Medio Oriente a principios de los setenta —podría añadirse— a pesar del hecho de que la política soviética de la región distaba mucho de ser afortunada, a juzgar por los acontecimientos que tuvieron lugar en Egipto después de la muerte de Nasser. Frente a las pruebas históricas de que disponemos, la reducción de la pantanosa situación del Medio Oriente al conflicto entre las dos superpotencias a principios de los ochenta, no tiene mucho sentido. Si los problemas relacionados con los energéticos, particularmente la oferta y la demanda de hidrocarburos a nivel mundial, pudieran dejar de ser percibidos en Estados Unidos como una parte central del conflicto Este-Oeste y si Estados Unidos empezara a reconocer los cambios estructurales habidos en los mercados de energéticos y en las políticas de los principales países productores y exportadores de petróleo, los vínculos que existen entre los energéticos y la seguridad internacional podrían tal vez ajustarse fácilmente y hacerse manejables.

## V

Pero aun en estas condiciones, otro problema internacional que pocas veces se considera seriamente quedaría todavía sin solución. Se trata del suministro energético para el desarrollo de los países pobres no productores de petróleo de la periferia del mundo industrial —América Latina, África y Asia. Por razones muy poco claras, los analistas occidentales del panorama energético internacional continúan afirmando casi unánimemente, aun en esta etapa, que el consumo de energéticos en las décadas que faltan del presente siglo aumentará rápidamente en los países en desarrollo, especialmente en los que tienen un gran potencial de reservas de hidrocarburos, donde el consumo interno de petróleo está ampliamente subsidiado.

En este punto es necesario hacer una seria reflexión. En vista del hecho de que los países en desarrollo no se encuentran en posición de financiar el desarrollo de fuentes alternativas de energía para sustituir al petróleo, el funcionamiento de sus economías continuará dependiendo grandemente de la fuente convencional de energía, el petróleo importado en su mayor parte. Sin embargo, ningún experto occidental en energéticos puede aclarar en la actualidad cómo pagarán estos países sus deudas cada vez mayores y seguirán comprando más

<sup>11</sup> *Ibid.*, pp. 214 y 215.

petróleo sin agravar aún más el desequilibrio de sus balanzas de pagos, especialmente cuando su propia recuperación económica está ligada tan estrechamente a las inciertas perspectivas de la crisis que experimentan actualmente los países industrializados de Occidente.

Los créditos a largo plazo y el tratamiento preferencial de los miembros de la OPEP, quienes a su vez se enfrentan con un descenso constante en los ingresos del petróleo, son insuficientes para sostener un rápido aumento en la demanda de energéticos de los países en desarrollo. Al agotarse de esta manera la capacidad de endeudamiento de estos países en los mercados privados de capital del mundo occidental, la demanda potencial de energéticos que está presente en los países en desarrollo difícilmente podrá traducirse a una demanda real. Por extraño que parezca, factores como el deterioro de las condiciones comerciales de los países en desarrollo, los crecientes *déficit* de las cuentas corrientes, el grado de endeudamiento externo, entre otros, no se toman en cuenta cuando se discute en Occidente el futuro del sector de energéticos a nivel mundial, bajo la premisa del crecimiento constante de la demanda de energéticos en los países en desarrollo no productores de petróleo.<sup>12</sup>

En conclusión, ya que el estancamiento económico y el empobrecimiento de las periferias del mundo, parte esencial de la actual crisis económica internacional, no harán más que aumentar el caos internacional político y social, y muy posiblemente mezclarlo con el conflicto Este-Oeste, los problemas relacionados con los vínculos que existen entre los energéticos y la seguridad internacional de los avanzados países industrializados del Norte se ven empequeñecidos por las dimensiones que los mismos problemas adquieren en los países en desarrollo. Estos últimos aspectos deben ser tratados con la mayor seriedad por los interesados en ellos ya que, en el análisis final, no son menos importantes para la preservación de la paz que los conflictos estratégicos y políticos entre Oriente y Occidente y las consideraciones sobre la seguridad internacional de estos dos grandes bloques.

<sup>12</sup> Miguel S. Wionczek, "Reflections on the Prospects for the World Hydrocarbon Markets during the Eighties", capítulo vi del libro mencionado en la nota 3.